

## LA LEY NATURAL, UNA LEY PARA LA LIBERTAD

Carmen Cortés  
*Universitat Abat Oliba CEU*

Puede afirmarse sin ninguna duda que la antigua reflexión sobre la ley natural tiene como culminación en la filosofía escolástica la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Nos serviremos de ella para mostrar cómo en la tradición medieval encontramos ya una respuesta fundada sobre la relación existente entre naturaleza y libertad humanas.

En la concepción tomista —así como también en la filosofía precristiana o en el mismo San Agustín— la Ley Eterna mide y regula todo el orden creado. De ella son expresión todas las leyes de la naturaleza, en todos sus ámbitos. Pero la Ley Eterna no se manifiesta del mismo modo en todos los seres que componen la creación. La Ley Eterna en el hombre tiene una peculiar expresión, pues mide y regula a la criatura racional racionalmente, es decir, proponiéndosele al hombre como dictado de su propia racionalidad. De ahí que Santo Tomás defina la ley natural como un dictado de la razón práctica del hombre, sin hacer parangón con las leyes de la naturaleza física o material.

En la doctrina de Santo Tomás, pues, la ley natural se descubre en el contexto de la Ley Eterna, en relación a una ley que podríamos decir es de alcance cósmico o universal, dado que “es manifiesto que toda la comunidad del universo está gobernada por la razón divina”<sup>1</sup>. En este sentido, es claro el arraigo metafísico que la ley natural tiene en la doctrina de Santo Tomás.

Ahora bien, se ha planteado que en el Aquinate se descubre la ley natural desde otro prisma, quizá más accesible al hombre contemporáneo: dejando de lado los altos vuelos o las profundidades de la Ley Eterna, entendida como la sabiduría divina, Santo Tomás abre paso a la razón práctica, una razón que mira al hombre concreto, al hombre en su vida e historia.

Así, nuestro compañero García-Huidobro acertadamente dirá que “si alguna enseñanza podemos sacar de los textos de Tomás de Aquino [...] es que

---

1 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, BAC, Madrid, 2001, I-II, q91, a1.

a la cuestión de la ley natural no se accede sólo por la vía de plantear la existencia de un orden cósmico del cual el hombre formaría parte, sino que tiene que ver con el funcionamiento mismo de la razón práctica [...]. Es decir, junto con la vía metafísica [...] Tomás plantea otra vía, práctica, de acceso a la ley natural”<sup>2</sup>.

Nosotros compartimos que en este punto radica una de las aportaciones más valiosas de Santo Tomás, y muy probablemente de las más olvidadas. Pero querríamos insistir que, en el pensamiento de Santo Tomás, este recurrir al modo de proceder de la razón práctica para desarrollar la temática de la ley natural también puede ser considerado como una vía metafísica o, en cualquier caso, no puede ser entendida como meramente práctica.

Evidentemente, en Santo Tomás, la razón práctica no se mueve en el terreno del ser en cuanto tal<sup>3</sup>, pero sí la consideración de la ordenación tendencial del hombre a determinadas cosas, a determinados bienes o fines de aquel ser, el hombre, que ha de obrar. En Santo Tomás es evidente que la razón especulativa tiene un fundamento metafísico porque siempre está implícita la noción de ente, de ser como su objeto. Ahora bien, la razón práctica también tiene ese fundamento metafísico, aunque sea de un modo mediato, por cuanto si bien su objeto es lo agible, la acción, esa acción se descubre en el contexto de un dinamismo vital, de una tendencia del propio sujeto agente a determinados fines. El ente, por lo tanto, el ser en este caso, es el ser vivo racional, el sujeto de la razón práctica que es, a su vez, el objeto de la misma.

De hecho, el mismo Santo Tomás dirá que la ley natural de la criatura racional es “participación de la razón eterna en virtud de la cual se encuentra naturalmente inclinada a los actos y fines debidos”<sup>4</sup>. Por lo tanto, discurrir sobre la ley natural a partir de las inclinaciones del hombre a los actos y fines que le son propios no es algo distinto de considerar la ley natural como participación en la Ley Eterna y, en este sentido, desde un prisma más metafísico. No en pocas ocasiones podemos leer en Santo Tomás que la ley natural no es “cosa diversa de la Ley Eterna”<sup>5</sup>.

Santo Tomás nos enseña que la Ley Eterna —y en definitiva toda ley— puede ser contemplada de dos modos: en cuanto que emana de su legislador y

2 J. GARCÍA-HUIDOBRO, *Filosofía y Retórica del Iusnaturalismo*, Unam – Instituto de Investigaciones Jurídicas, México, 2002, p. 80.

3 En todo caso, se mueve en el terreno de los seres, pero no bajo la formalidad del ser en cuanto tal.

4 *STh* I-II, q 91, a2.

5 *STh* I-II, q91, a2, ad 1um.

en cuanto que regula, mide o recae sobre toda la realidad ordenándola<sup>6</sup>. Y es llamada eterna porque “la inteligencia divina no concibe nada en el tiempo, sino que su concepto es eterno”, pues “considerada [...] del lado de la criatura que la ha de oír o ver, la promulgación no puede ser eterna”<sup>7</sup>.

La promulgación de esta Ley Eterna se realiza en la Creación. Por la Creación están constituidas todas las cosas, ordenadas a su propio fin y al fin último o razón última de toda la creación en su conjunto. “Por la Ley Eterna son creadas todas las cosas”<sup>8</sup> y por ella “Dios imprime en todas las cosas naturales los principios de las operaciones propias de cada una”<sup>9</sup>. Así, contemplada desde Dios, nuestra naturaleza tiene, al igual que el resto de los seres, una determinada estructura dada o impresa por Él, una determinada estructura medida por la ley Eterna.

Sujetos todos a la Ley Eterna, las criaturas irracionales se dirigen hacia su fin sólo y únicamente en virtud de la divina providencia, “no porque capten intelectualmente el precepto divino”<sup>10</sup>; en cambio, las criaturas inteligentes se dan a sí mismas sus fines, en cuanto que son capaces de proponérselos porque alcanzan a conocerlos. De hecho, en último término, el hombre se define por ser *capax Dei*, por la facultad de reconocer su destino trascendente y ordenarse a él<sup>11</sup>. De ahí que Santo Tomás matice que “la criatura racional se encuentra sometida a la divina providencia de una manera muy superior a las demás, porque participa de la providencia como tal, y es providente para sí misma y para las demás cosas”<sup>12</sup>.

En este sentido, las criaturas racionales son reguladas de manera que se

6 “Siendo la ley una especie de regla y medida, se dice que se encuentra en algo de dos maneras. Primera, como en el principio mensurante y regulador. Ya que medir y regular es propio de la razón, de esta manera la ley sólo se encuentra en la razón. Segunda, como en lo medido y regulado. Y de este modo se encuentra en todas las cosas que obedecen a alguna inclinación consiguiente a una ley; de donde resulta que cualquier inclinación debida a una ley puede llamarse ella misma ley, aunque no esencialmente, sino por participación” (*STh* I-II, q90, a1, ad 1um).

7 *STh* I-II, q91, a1, ad 2um.

8 *STh* I-II, q93, a1.

9 *STh* I-II, q93, a5.

10 *STh* I-II, q93, a5.

11 “Las creaturas racionales sobrepasan en dignidad a todas las otras por la perfección de su naturaleza y por la dignidad de su fin. En la perfección de su naturaleza, porque sólo la creatura racional tiene dominio de sus actos, actuándose libremente al obrar [...] en la dignidad de fin, porque sólo la criatura intelectual alcanza con su operación al mismo fin del universo, conociendo y amando a Dios” (*SCG* III, 111).

12 *STh* I-II, q91, a2.

regulen a sí mismas, es decir, son gobernadas por Dios de manera que se gobiernen por sí mismas. El hombre está medido y regulado por la Ley Eterna —tiene inclinaciones naturales—, pero Dios no lo somete irremediabilmente a su gobierno sino que se propone gobernarle apelando a su libertad, bajo criterio de obediencia libre. De ahí su especial y singular participación en la Ley Eterna, verdadera participación porque la Razón divina da parte a la razón humana buscando que comparta con ella sus designios: “la participación que hay en la criatura racional se recibe mediante la inteligencia y la razón”<sup>13</sup>, nos dirá Santo Tomás. Y, en otro lugar: “la criatura racional está sujeta a la divina providencia de manera que no sólo está subordinada a ella; sino también puede conocer en todo el plan de la providencia”<sup>14</sup>. Por eso la Ley Eterna es verdadera ley para el hombre: porque sólo él es capaz de obedecer libremente, sólo a la criatura racional le es natural el vivir según la ley, “puesto que la ley es cosa de la razón”<sup>15</sup>. El hombre, pues, está llamado a vivir en primera persona según esa ley; la Ley Eterna le es natural porque es racional. De ahí que la Ley Eterna en el hombre sea llamada ley natural: se llama natural porque sólo es adecuada como ley a la criatura de naturaleza racional.

La ley natural no es, pues, equiparable a las leyes de la naturaleza biológica o física, es una ley que brota de la razón práctica y por lo tanto de un sujeto, el hombre, que no es un mero elemento de la naturaleza sino que, como animal racional, es capaz de asumir su propio ser para conducirse y perfeccionarse. Y, si bien el hombre puede determinarse en algunos fines, existen otros que le son dados por su naturaleza, puestos como fines por la realidad que le constituye. En el hombre hay inclinaciones naturales a determinados bienes y su libertad alcanza a asumirlos o renegar de ellos con las consecuencias de perfección o corrupción moral respectivamente.

“En el comienzo de la ciencia moderna está el rechazo a la teleología” dice Spaemann<sup>16</sup>. Y esta negación de la realidad como ordenada a un fin se exagera cuando esa teleología es referida al hombre, por entender que la afirmación de un fin humano natural al que se mueve el hombre también naturalmente lleva consigo determinismo y negación de la autonomía del individuo, *leitmotiv* de toda la filosofía racionalista. De ahí que se predique y sos-

13 *STh* I-II, q91, a2, ad 1um.

14 *SCG* III, 114.

15 *STh* I-II, q91, a 2, ad 3um.

16 J. Rittet citado en R. SPAEMANN, *Ensayos Filosóficos*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2004, p. 74.

tenga la indeterminación en el hombre como el primer posibilitante de la libertad. Pero en Santo Tomás no es así: no hay libertad sin inclinaciones naturales. Si el hombre no estuviera por naturaleza inclinado a determinados bienes, el hombre mismo no haría nada: “cualquier operación, dice Santo Tomás, de la razón y de la voluntad surge en nosotros a partir de algo que nos es natural”<sup>17</sup>. El hombre no sería más perfecto ni más libre sin inclinaciones naturales porque todos los fines o bienes nos los damos o proponemos a partir de esas mismas inclinaciones.

En Santo Tomás no hay “contraposición” entre naturaleza y praxis, entre naturaleza y libertad. En él, el obrar de la voluntad humana brota del impulso natural del hombre al bien y se realiza siguiéndolo, hasta el punto de entender que la perfección de la acción moral humana es un secundar y llevar a su culminación las mismas inclinaciones naturales<sup>18</sup>. Esta es una afirmación contundente pero prudente de la libertad, de una libertad real, de una libertad de naturaleza<sup>19</sup>. Toda otra libertad, una “la libertad total, que se opone sin mediación a toda naturaleza, es ilusoria [...] No podemos suponer razonablemente que podamos escapar a la naturaleza. Sólo podemos elegir si la tenemos presente recordándola o si, olvidándola, recaemos en ella”<sup>20</sup>.

En este contexto, la ley natural es una lectura normativa que la razón humana hace de aquello que corresponde al hombre según su naturaleza. Realmente en la doctrina de Santo Tomás la razón es la facultad imperativa. La ley natural, en sentido estricto, es un acto de la razón por el que el hombre prescribe vitalmente cómo debe obrar según las inclinaciones naturales que

17 *STh* I-II, q91, a2, ad 2um.

18 Dice Spaemann que “*naturaleza* no quiere decir lo que está puesto libremente por la praxis, sino lo que ésta supone necesariamente”. Pero nosotros entendemos que Santo Tomás va más allá, que *naturaleza* es lo que supone necesariamente la praxis y lo que la praxis debe obrar a partir de lo que se le presupone.

19 “La libertad sólo es real como naturaleza recordada, del mismo modo que sólo tiene sentido hablar de la naturaleza bajo el supuesto de la libertad. Puesto que esta conexión no puede ser presentada hoy inmediatamente como teleológica, el derecho natural se descompone en dos momentos: por un lado, en un derecho de libertad como conjunto de las condiciones aprioricas del mutuo reconocimiento y justificación de seres que obran, es decir, de las condiciones necesarias, que siguen de la *naturaleza de la cosa*, de toda formación de un consenso; por otro, en un derecho natural *in sensu stricto* que se refiere a aquellas condiciones del obrar que preceden a toda formación de un consenso y que sólo pueden ser infringidas al precio de la autodestrucción. [...] Un derecho de libertad que se entiende de manera exclusivamente emancipadora no es más que la música de acompañamiento de la recaída en la pura espontaneidad natural” (Robert Spaemann citando a J. RITTET en *Ensayos Filosóficos*, pp. 83-84).

20 *Ibidem*, p. 87.

en sí mismo percibe<sup>21</sup>. Carpintero lo ha expresado de un modo sencillo diciendo que “el estilo tomista de considerar la normación de las conductas partía desde la ‘fuerza apetitiva’ de cada ser, por lo que una conducta era propiamente moral sólo cuando respondía a tal fuerza natural o final<sup>22</sup>.”

De hecho, cuando un mandato imperativo impone algo al hombre que no es propio a su naturaleza, que no corresponde a su modo de ser y actuar, éste produce violencia en la voluntad del sujeto, pues la voluntad está de suyo inclinada a otra cosa<sup>23</sup>, quedando así negada la libertad de la voluntad<sup>24</sup>.

La ley natural, en cambio, impera sobre la voluntad confirmándola a alcanzar el fin al que tiende por naturaleza. Nada ordena la ley natural que no esté en las inclinaciones que expresan el dinamismo del ser humano<sup>25</sup>. De ahí que Santo Tomás enseñe que la ley natural está compuesta por los dictados de la razón que atiende a la realidad de la naturaleza humana en cuanto que inclinada a determinados fines y que el orden de los preceptos de la ley natural corresponda al orden de las inclinaciones de esa naturaleza<sup>26</sup>.

21 “Las nociones de natural, voluntario, interior o finalista, son sinónimas en el caso del hombre. La ley natural no sería un mandato externo a las naturalezas de las cosas, sino el fin natural de cada una de ellas. Dios no es tanto el legislador coactivo externo que impone externamente direcciones a las acciones humanas, como el fin al que las cosas han de tender naturalmente. Si Dios impusiera sin más el cumplimiento de la ley natural, esta ley no sería natural al hombre, sino que tendría una necesidad exterior (AB agente), y no se trataría de una necesidad natural, sino de una “necesidad por la coacción”. Planteadas así las cosas, el pecado no es tanto un quebrantamiento de una orden o mandato, como un daño que alguien se hace a sí mismo por no tender hacia el propio fin” (F. CARPINTERO, *La ley natural: historia de un concepto controvertido*, Encuentro, Madrid, 2008, p. 58).

22 *Ibid.*, p. 59.

23 La afirmación de que la voluntad tiende por naturaleza a lo aprehendido y conocido como bueno, no quita que pueda suceder, y suceda con frecuencia, que haya personas que no acaban de tender decididamente hacia lo que conocen como bueno o no se deciden por evitar lo que captan como malo. En todo caso, si esto sucede, si el hombre tiende o realiza algo malo es porque ese mal “retiene algo de bueno”, aunque sea aparente y circunstancialmente para él, como explica Santo Tomás en el comentario a la *Ética* de Aristóteles.

24 La “voluntad interviene imponiendo algo que no es propio del que ha de actuar, esto es un movimiento violento, que repugna la voluntad” (F. CARPINTERO, *Justicia y Ley Natural: Tomás de Aquino, y los otros escolásticos*, Universidad Complutense, Facultad de Derecho, Madrid, 2004, p. 46).

25 “Sólo en relación con un ser libre, es decir, un ser que obra, tiene sentido el concepto normativo de *naturaleza*. Pese a ello, ese concepto no puede traducirse a términos del obrar o a términos de sistemas de acción. Y es que *naturaleza* designa los presupuestos del obrar que no son puestos por el obrar mismo ni tampoco por sistemas históricos de acción indagables crítico-hermenéuticamente” (Rittet citado en R. SPAEMANN, *Ensayos Filosóficos*, p. 78).

26 “Como el bien tiene razón de fin, y el mal, de lo contrario, síguese que todo aquello a lo que el hombre se siente inclinado lo aprehende la razón como bueno y, por ende, como algo que debe

Pero hay que decir que la ley natural, en cuanto tal, no define sin más la rectitud de todo el obrar humano. No abarca la totalidad de la posible actividad del hombre porque no es un código de preceptos acabado ni cerrado que encorsete al hombre en su vida, sino principios que inspiran el obrar humano en lo fundamental. Por lo tanto, debe ser considerada “base y principio” de nuestro obrar. Pero sólo base y cimiento pues la razón práctica está llamada a expresarse y explayarse a partir de sus preceptos.

En Santo Tomás es clarísima esta concepción de la ley natural como normatividad básica y elemental. No hay siquiera en él preocupación de enunciar formalmente sus preceptos. Incluso podríamos decir que huye de ello como de una cierta tentación: no quiere reducir la ley natural a estándares de moralidad. La ley natural es mucho más, su destinatario no es propiamente un individuo de una determinada especie, sino que su beneficiario es el hombre, un ser personal llamado a protagonizar su vida en la historia: “Sólo la criatura racional es capaz de recibir una dirección particular en sus actos, y no únicamente una guía específica; pues goza de razón y entendimiento, por los que puede captar cómo de diversas maneras puede realizar algo bueno o malo, en cuanto conviene según los diversos individuos, tiempos y lugares. Luego únicamente la criatura racional recibe la dirección de Dios en sus actos, no sólo respecto a su especie, sino también en cuanto al individuo”<sup>27</sup>.

Ahora bien, “el hombre, dirá Santo Tomás, participa naturalmente de la Ley Eterna en cuanto a algunos principios generales, mas no en cuanto a la ordenación peculiar de cada una de las cosas singulares”<sup>28</sup>. No hay atisbo de la pretensión racionalista, sino todo lo contrario. Podemos leer respecto de las leyes humanas que “no pueden alcanzar aquella infalibilidad que tienen las conclusiones científicas obtenidas por la demostración”, en definitiva, que no es posible definirlo todo por ley. ¿Por qué? Porque “la razón práctica versa sobre lo operable, que es singular y contingente, y no sobre lo necesario, como la razón especulativa”<sup>29</sup>. Es más, “tampoco, dirá Santo Tomás, es necesario que toda medida sea absolutamente infalible y cierta, sino sólo en cuanto

---

ser procurado, mientras que su contrario lo aprehende como mal y como vitando. De aquí que el orden de los preceptos de la ley natural sea correlativo al orden de las inclinaciones naturales” (*STh* I-II, q94, a2).

27 *SCG* III, p. 114. En esta línea, podemos decir que, en sentido amplio, pertenece a la ley natural todo lo que la razón práctica singular impera en lo contingente cuando secunda las inclinaciones naturales.

28 *STh* I-II, q91, a3, ad 1um.

29 *Ibid.*, ad 3um.

cabe en su género”<sup>30</sup>. Y si esto lo sostiene respecto de la ley humana, cuánto más podrá predicarse que la ley natural no define hasta el extremo lo recto o moral en el obrar del hombre, sino que permite y potencia el discernimiento prudencial que atiende a las vicisitudes y contingencias que rodean la vida temporal e histórica de cada cual<sup>31</sup>. La ley natural es una ley para la libertad.

En base a la enseñanza de Santo Tomás en este punto, podemos afirmar que la ley natural es una ley personal. No es la ley eterna para la especie humana, sino la participación de la razón de cada hombre, de cada persona, en la razón ordenadora de Dios<sup>32</sup>. Por eso Santo Tomás dirá que “los actos personales de la criatura racional son propiamente actos que dependen del alma intelectual. Y ésta no sólo es capaz de perpetuarse en su especie, como las demás criaturas, sino también en su individualidad. Luego los actos de la criatura racional están dirigidos por la divina providencia no sólo en cuanto se refieren a la especie, sino también en cuanto son actos personales”<sup>33</sup>.

La ley natural es ley moral que presupone la libertad humana, pero la potencia y la perfecciona preservándola de vuelos o sueños ilusorios. Es la ley moral que posibilita el ejercicio de la libertad humana porque su fundamento y razón de ser es la misma naturaleza de dónde brota la posibilidad de esta libertad.

Desde esta perspectiva, la ley natural es —en palabras de Hervada— una ley “de y para la libertad”, es un dictado de la razón que el hombre descubre en orden a su felicidad y su cumplimiento porque “todas las cosas adquieren valor moral por referencia a este fin”<sup>34</sup>, al fin último que es la felicidad, que

30 *Ibidem*.

31 En esta línea dice Carpintero que “a esta adecuación personal de las normas, Tomás de Aquino la llamó *medium rationis*, y entendió que la gran diferencia entre la moral y el derecho estaba en que la moral calcula lo que cada persona se debe a sí misma, o lo que le deben los demás, tomando lo que ella necesita o puede hacer” (J. CARPINTERO, *Justicia y Ley Natural*, p. 51).

32 “Una visión algo ingenua de la filosofía tomista entiende que cada ser encajaría más o menos exactamente en un orden metafísico y universal de fines, de modo que cada persona sabría qué hacer en cada momento. Estamos en condiciones de saber que esto no es cierto. La teleología tomista consiste más bien en una gran pluralidad de seres que tienden, cada cual a su modo, hacia su propia finalidad. En el caso del hombre, esta complejidad es mayor: porque el ser humano dispone solamente (desde el punto de vista de la ley natural) de “algunos principios” generales, y su actuación, normalmente teleológica, se disgrega en tantas direcciones como fines tienen cada una de sus acciones. La racionalidad práctica tomista es una racionalidad fragmentada, porque los actos del hombre están vinculados por un fin último tan remoto, que no es posible saber siempre aquí y ahora qué es lo que hay que hacer concretamente” (J. CARPINTERO, *Justicia y Ley Natural*, p. 94).

33 SCG III, 114.

34 J. CARPINTERO, *Justicia y Ley Natural*, p. 51.



también es personal, esto es, de cada uno. La ley natural es, pues, una regla de conducta que hace al hombre más hombre, que hace al hombre más libre<sup>35</sup>.

---

35 “Los actos se llaman propiamente humanos en la medida que son voluntarios, como ya se dijo [q1 a1]. Ahora bien, el fin es el motivo y el objeto de la voluntad. Por consiguiente, la principal entre todas las circunstancias es la que afecta al acto por parte del fin, es decir, para qué” (*STh* I-II, q7, a4).